



SOCIOLOGÍA

Sección española

CRÍTICA DE CONGRESOS

Nos hallamos en la época de los congresos; después de la Asamblea reunida en Roma por iniciativa del rey de Italia, en cuya reunión se dió la consigna de guardar sigilo y cuyo fin era destruir la libertad de todos los países, nos acercamos al Congreso de la Paz, que se reúne por invitación del czar.

¿Preveerá ocaso el *padrecito* (1) de las potencias que á la hora presente no están las naciones dispuestas á degollarse mutuamente como gallos de pelea ó perros de presa? ¿Tendrá quizás el presentimiento de que *para la mayoría* los tambores suenan en el vacío y de que muy pronto acaso los cañones desempeñarán su papel en la gran orquesta con que celebren la conferencia de los pueblos al despuntar la aurora de la era nueva? O bien, los soberanos, como los ganaderos, ¿tienen necesidad de convenirse para deshacerse del ganado discolo ó de difícil venta?

¿Es esta paz asunto exclusivo de los amos, sin perjuicio de obrar, después, como lo han hecho siempre, á su antojo? O bien, ¿es que en esta época destinada á arrastrar tanta monstruosidad, un pensamiento humano ha surgido verdaderamente en el cerebro del czar?

En este momento, que se acerca, del cataclismo final, cuando los horrores cometidos por los gobernantes contra los gobernados son tantos, si no es un lazo que tiende, que recuerde el autor de la proposición de paz las blancas estepas de Siberia y á los que allí envía á morir, que abra de par en par las puertas de sus grandes fortalezas, y que ese Estado híbrido que se llama república francesa abra también la Guyana donde se asesina y donde los guardianes matan y atormentan impunemente; cuantos en más ó menos son víctimas del abuso del poder deben ser puestos inmediatamente en libertad. Que se concluya también con la Caledonia donde se hace la trata de negros; con las compañías disciplinarias en las cuales los tormentos y la muerte misma están á la orden del día.

Que desaparezca Montjuich donde se ha resucitado el tormento; en una palabra y para concluir, porque sería el cuento de nunca acabar, que cesen los crímenes de los

(1) En el original, *petit père*. Sabido es que los mujiks, aldeanos rusos, designan con este nombre al emperador.—N. de T.

gobernantes contra los gobernados, y el pueblo creará que el Congreso de la Paz responde á la época en que vivimos y á la que se avecina.

Pero si nada de esto se hace, si no se toman esas medidas generosas, crearemos que el Congreso de la Paz es una especie de conferencia antianarquista de Roma.

Entre tanto la desesperación y la miseria son causa de que mucha gente comparezca ante los tribunales; las madres matan á sus pequeñuelos para evitarles los sufrimientos del hambre, y la rebelión crece sin cesar y llegará hasta los últimos confines de la tierra.

Se ha descornado el velo. Por medio de su corresponsal en Bruselas, llega al *Morning Post*, de Londres, el relato hecho por Mr. de Suteau, delegado belga, á Mr. de Fafereau, ministro de Estado de este país.

Según aquél, tres fueron las cuestiones sometidas al congreso de Roma.

- 1.º El anarquista considerado como criminal;
- 2.º La extradición de los anarquistas ó de aquellos individuos considerados como tales;
- 3.º La creación de una policía internacional contra los anarquistas.

Los delegados de Rusia, Alemania, Austria, Turquía, Italia y España, tenían orden, para concluir en una sola sesión, de aprobar sin discutir el plan del almirante Canavaro, el mismo que, según se dice, será causa de la próxima caída del gabinete.

Los demás delegados se opusieron, y el de Suiza hizo notar que, teniendo en cuenta que todo hombre es anarquista, ya con relación á una persona ó á una cosa, si se admitían los términos de la proposición, podrían los gobiernos cómodamente calificar á sus enemigos políticos de anarquistas, y adquirir así el concepto de la anarquía y el número de anarquistas una importancia hasta hoy desconocida.

La mayoría de los delegados se adhirió á esta opinión y la propuesta fué rechazada.

La segunda, referente á la extradición, tuvo igual suerte después que el delegado inglés, el coronel Howard Vincent, significó que con ella quedaba destruido el derecho de asilo, principio reconocido hoy por todas las naciones dignas del nombre de cultas.

Acerca de la tercera proposición, el delegado belga Mr. de la Tour dijo que sin necesidad de leyes especiales ni de policía internacional, los atentados anarquistas estaban comprendidos en el derecho común y como tales eran juzgados; que además, teniendo cada nación su jurisdicción particular, sin cambiar la legislación de la mayor parte de las naciones, no podía acudirse á medidas especiales de general aplicación.

Después de esta observación, digna de Pero Grullo, se rechazó también la tercera proposición; sin embargo, con objeto de dar alguna satisfacción á los organizadores de la conferencia, se acordó sustituir el proyecto de policía internacional por una inteligencia entre la policía de los diferentes países (algo semejante á las leyes *scélérates* de la república francesa.)

Un párrafo del discurso de la reina de Inglaterra contesta hábilmente á los gobiernos empeñados en restringir subrepticamente la libertad de pensar.

«He enviado mis delegados á la conferencia de Roma, y aun cuando no he podido aceptar las proposiciones que en ella se me han hecho, comprendo que acaso sean necesarias pequeñas modificaciones en nuestra legislación, las cuales, durante la presente legislatura, mis ministros las someterán al Parlamento.»

La estúpida policía se encargará de extraviar la opinión con el objeto de justificar los procedimientos que no se atreven á proponer abiertamente.

Felizmente son ya numerosos los ensayos hechos en este sentido y conocida la

marca que imprimen á sus bestialidades. Desde el complot contra el emperador Guillermo hasta el muelle de reloj hallado en Tolón al pie de un muro por el mismo delator, y pasando por las pseudo bombas colocadas delante de un chicuelo en un sótano, y otras comedias parecidas, deshechas como pompas de jabón.

¿Para dar un tinte semejante á la paz general se reúnen en conferencia los soberanos en el viejo palacio ofrecido por la joven reina Guillermina? Curiosa observación; el palacio se llama la Casa de los Bosques; ¡qué lugar más á propósito para una manada de lobos!

¿Cuándo se celebrará el Congreso internacional de la Humanidad formado por los pueblos libertados sobre un mundo libre, en el cual aquéllos construyan la obra común, la nueva sociedad de justicia y de paz?

La salvación está en el progreso, y no retrasarán su marcha ni *los negocios de espionaje*, ni los que para ocultar la derrota de sus complots contra la libertad, pretenden la creación de policías internacionales.

Nada de esto se sostiene ya; no es más que *childish* (1), como se dice en Inglaterra; ¡y hay tantas cosas grandes y bellas en el horizonte! Escoged.

LUISA MICHEL

Londres, Abril 1899.

EL SOCIALISMO SE IMPONE

V

Dejamos ya indicado el desarrollo portentoso que entre las clases trabajadoras tomaron estos salvadores principios apenas vieron la luz en folletos y periódicos, y las manifestaciones públicas, estudio y depuración de doctrina, verificadas en los diferentes congresos internacionales celebrados hasta el año 1881. Igualmente dejamos consignadas las diferentes escuelas socialistas y las últimas en que se divide, más concretas y definidas, el socialismo militante, resultado de aquellos sucesivos congresos.

Indicábamos, igualmente, la sorpresa y terror que se apoderó de los gobiernos y de las clases directoras de la sociedad, á la vista de aquellos congresos, compuestos de delegados de todos los países que, con tanto talento, seriedad, profundidad y atrevimiento, condenaban los falsos fundamentos más respetables y sagrados de la actual sociedad, y decidían sobre los medios de cambiar y suprimir totalmente aquellas ruedas del sistema que se opusiera al nuevo organismo que había de reintegrar en todos sus derechos á los miembros todos de la sociedad.

Concedores los gobiernos de que la causa de estos congresos y de la creciente organización y agitación de todos los obreros de Europa se debía á la Asociación Internacional de los trabajadores, y, asustados de la energía revolucionaria con que tratan de llevar á la práctica sus principios en París, declarando la Comuna el año 1871 en medio de las bayonetas extranjeras y del mayor desconcierto de la burguesía francesa y del asombro y expectación nerviosa de Europa, ante los sucesos de la guerra franco-prusiana; y en Benevento (Italia) el año 1877, un grupo de revolucionarios, al grito de ¡Viva la Internacional! ¡Viva la Revolución Social! lanzándose á proclamar de pueblo

(1) Niñerías.—*N. del T.*

en pueblo la Liquidación Social, que realizan en tres pueblos distintos, apoderándose de los estancos y casas de gobierno y quemando los archivos, repartiendo los fondos que encuentran entre todos los habitantes, lo mismo que todo lo que en los estancos había, no tardaron, después de ahogar en sangre esos arranques heroicos de grandes corazones llenos de fe, en declarar guerra á muerte á aquella asociación.

Así fué; pronto la diplomacia empezó á trabajar, y en donde aún no se la había dado importancia, se le dió, pues ya se había hecho también cuestión *internacional* de la tiranía dar muerte á tan temible sociedad, porque los satisfechos no podían dormir sosegados. Se necesitó que todos los gobiernos ó los Parlamentos resolviesen tan grave cuestión, y la Internacional fué suprimida, declarada ilícita, y sus miembros perseguidos, y la libertad de asociación pisoteada por todos los gobiernos y por todos los Parlamentos.

Pero la tiranía y opresión nunca resolvieron ningún problema más que el de acelerar su caída, tanto cuanto extremaron sus violentos medios. Por esta razón, si la Internacional expresa y formulada ha muerto, existe la tácita y sin fórmulas, y la misma creciente organización, propaganda y agitación, cada día con espíritu más revolucionario entre los obreros del mundo; y es que los principios que dieron vida á aquella Asociación, no eran fútiles ni superficiales y falsos, sino que tienen raíces tan profundas como los hechos y épocas históricas, y tan verdaderos como los males que afligen á la humanidad tienen su remedio invariablemente en el Progreso. Y por esto, todas las tendencias del socialismo, además de ser manifiesto é innegable que multiplica extraordinariamente sus adeptos, van cada día aproximándose en busca de una fórmula concreta que dé unidad de acción á todos los esfuerzos, fecha desde la cual no pasará mucho tiempo sin que libre ruda batalla con todos los principios y elementos del pasado y presente. Esta fórmula está declarada, y es: ¡Revolución y... *la igualdad de condiciones!* (1)

Así como el grito de libertad fué el lazo común por el que se unieron todos los diferentes elementos que odiaban el absolutismo religioso feudal para destruirlo, así la... *acracia*, expresión lata y real de la libertad, será el lazo revolucionario que una todos los odios al sistema capitalista-económico, para su destrucción.

De nada valdrán contra esto todas las persecuciones, ni los paliativos de los gobiernos; no hay salvación posible para un sistema que aumenta más y más la miseria de los pueblos. Si en los primeros cuarenta años de este siglo las crisis de trabajo creadas por la concurrencia, por fenómenos atmosféricos ó terremotos y por los inventos mecánicos, eran desastrosos y temibles, estos mismos males, multiplicados, siguen siendo el azote del trabajador. De su seno bajan á la tumba y víctimas de la miseria, según las estadísticas de todos los países, un número espantoso. De él, por la misma causa, pueblan los presidios y cárceles; de él, aumentan con proporciones, que infunden horror, las listas de la prostitución; de él, llénanse los hospitales y casas de mendigos. Todos los gobiernos de Europa, asustados de los horrores de sus mismas obras, y especialmente los Municipios de las grandes capitales, consignan en sus presupuestos importantes tributos para socorros domiciliarios y casas de beneficencia; llegan á millones los que son socorridos de este modo y por sociedades benéficas particulares; pero no es que sean inválidos para el trabajo, no, sino que llenos de juventud, acuden á

(1) Subrayamos las últimas palabras que sustituyen al hueco de los puntos suspensivos, cuya única y gráfica, no nos permitirían estampar.

inscribirse en los registros correspondientes, porque no hay plaza en los talleres para tanto brazo. Estas son las armonías y bienes que produce el actual sistema á la clase trabajadora. ¡Y aún hay desdichados que lo preconizan!

Por otra parte, estos gobiernos de la clase dominante no conocen otros medios de resolver estos grandes males que patrocinar ó restringir el libre cambio, tal como ellos entienden eso, ó combatirlo creando y sosteniendo, por medio de protección, industrias cuya vida forzosa se sostiene sólo á costa de otras y otros productos naturales que se encarecen, resultando para el pueblo trabajador siempre el mismo dilema: si es barato ó caro el consumo, subido ó bajo es el salario (1) y el obrero á miseria y hambre está condenado.

¿Qué queda, pues, del sistema y civilización moderna como solución á las aspiraciones y derechos de las sociedades humanas? Nada: las realidades económicas llevan el hambre á los pueblos, en su parte trabajadora; riquezas fabulosas á los escogidos, á los explotadores, en medio de un caos de producción sin medida, de quiebras, contrabando, incendios, estafas, falsificaciones y asesinatos; las realidades jurídicas, conducen á la violación de todas las leyes naturales, porque las económicas crean los crímenes y las jurídicas ejecutan los criminales sin querer comprender que no lo son. Y esto, en medio de todos los falseamientos, cohechos y prevaricaciones de testigos y tribunales; la política, la farsa más repugnante de cuantas comedias ha representado la humanidad, la afirmación aparente y reconocimiento de los derechos humanos y de las leyes morales y sociales; y resulta el mercado, el bazar social de todo cuanto debiera ser más respetado, convertido en negocio, sujeto á compra-venta; eso sí, siempre disimulado, pues, de lo contrario, el honor se encuentra en la boca de una pistola ó en la punta de una espada. De todo se puede hacer negocio pero... cubriendo siempre las formas. ¡Cuánta farsa!

Monstruoso engendro de vicios y degradaciones, sociedad maldita, ¿cuándo serán rotas tus arterias y renovado tu organismo por un desangre general y vivificado por medio de puras corrientes atmosféricas, que estén libres de las meféticas emanaciones históricas heredadas? Tu base, que pudiera ser tu escudo, llenar de esperanzas los espíritus de los oprimidos, y evitar hasta las revoluciones, si *fuese justa*, no produce hoy más que sinsabores. Pero, para desgracia de todos, las más abyectas pasiones, las más indignas intrigas y bajezas, todo lo más pequeño, el resumen, en fin, de la podredumbre social que representan, tiene asiento en ella; todas las miserias mezcladas con todas las grandezas, lo más pequeño confundido con lo más grande que encierra.

¡Sociedad burguesa! Estás perdida; no hay salvación para tí. El parlamentarismo que te dió vida está condenado, carece de virtud moral; es una negación del progreso.

(1) No siempre ocurre así, pues sucede que la escasez de los artículos aumenta los precios y reduce los salarios. Una cosecha de vinos, cereales, etc., si es abundante su precio baja y el salario sube y si es pequeña el salario baja, se ocupan menos brazos y el valor del producto aumenta.

Sección del Exterior

LA OBRA DE G. D'ANNUNZIO ANTE LA PSIQUIATRÍA

No sé si el título de este trabajo suscitará á alguna curiosidad; estoy cierto que muchos dirán: he aquí otro profano del arte que tiene la audacia de venirnos á hablar de una obra artística! Y el pensamiento de todos habrá volado veloz á César Lombroso y á Max Nordau, los terribles anatomizadores del cerebro y de la psiquis de los genios, y se habrá creído que yo pretendo con todo orgullo imitar los métodos de investigación de estos dos sabios que merecieron, por parte de los artistas, el nombre injusto de enemigos del arte. Nada de esto.

El discípulo tiene demasiada conciencia de su nulidad para intentar lo que sólo es lícito á los maestros. El no osa formar su juicio bajo el punto psiquiátrico sobre la obra compleja, ni mucho menos sobre la persona de un artista vivo que por sus mismos detractores debe ser reconocido como la prueba de que Italia produce aún sacerdotes de la belleza antigua; el discípulo quiere simplemente limitarse á estudiar si los tipos degenerados que D'Annunzio nos presenta en sus dramas y en sus romances responden ó no á la verdad científica.

Tal es mi modestísima tarea.

Pero si yo la limito á estos breves confines, no es porque niegue á otros el derecho de abordar campos más vastos; no es tampoco que me asocie á los muchos que ante el estudio paciente de un sabio que busca en las predisposiciones hereditarias ó en las enfermedades de un artista la razón de su genialidad, gritan á profanación, como si el genio fuera entre los fenómenos humanos el único intangible para el bisturí de la ciencia, y como si el conocer las causas de una obra de arte significara bajarla.

El sol es siempre el sol, aunque los astrónomos nos describan sus manchas, y su luz no es menor porque ellos nos revelen la calidad de la materia de que aquél se compone; la perla es siempre admirada como la joya más distinguida, no obstante que el naturalista nos diga que ella no es más que una enfermedad de la madreperla; y los genios serán siempre las antorchas que iluminan la vía del progreso, aunque los médicos descubran en sus organismos algún rasgo de locura ó de degeneración.

¿Han existido, acaso, sabios que en su diagnosis hayan ultrapasado los justos límites, distribuyendo con demasiada generosidad el título de loco ó de degenerado? Puede ser.

Nadie es infalible en el mundo, y menos aún lo pretende aquella ciencia que niega á todos, incluso así misma, el dogma de la infalibilidad. Mas los errores ó las exageraciones de unos pocos no pueden conmover los concluyentes argumentos de muchos ni menos aún debilitar el principio de que el artista puede y debe ser objeto del análisis científico.

Así, pues, si algunos literatos y artistas se rebelan contra este principio y no toleran que la ciencia se ocupe de ellos, es porque algún miedo tienen á la ciencia, como los falsos enfermos tienen miedo del médico; es decir, que ellos temen que la ciencia les diga, y revele al público, esta gran verdad: que hay en el arte los falsos artistas,

como hay en la criminalidad los falsos delincuentes políticos, ó sea: que hay cerebros mediocres que se hacen la ilusión de imitar á Wagner ó á Ibsen, Zola ó Verlaine, como hay delincuentes comunes que se fingen mártires políticos, copiando, según las épocas y según su capacidad intelectual, el tipo de Mazzini ó de Prietro Micca, el de Lasalle ó de Bakounin; y que disputan su degeneración ó su anormalidad como un síntoma que los asemeja á los grandes, de los cuales querían ser dignos discípulos, mientras no son más que sus caricaturas.

A estas mediocridades la ciencia les corta las alas del orgullo, puesto que ella demuestra que existen dos especies de degeneración y de anormalidad: la una propia de los hombres de genio y de los apóstoles que entreven una verdad nueva ó que se sacrifican por un ideal; la otra propia de los matoides que exageran aquella verdad en las contursiones más torpes, ó envilecen aquel ideal con las más odiosas aplicaciones. Ciertos simbolistas, decadentes y satanistas están intelectualmente tan lejos de los modelos que pretenden imitar, como el delito de un Ravachol lo está política y moralmente, del delito de una Carlota Corday. Degenerados todos, sin duda, pero los unos más allá, los otros más acá de aquella línea sutil que separa lo sublime de lo ridículo, y el heroísmo de la infamia.

Y así como se niega á los sabios, por unos cuantos, el derecho de estudiar individualmente á los artistas, así también se pretendería negarles el derecho de analizar sociológicamente las obras. Profundo error, puesto que el arte es una función social, y, por consiguiente, si los artistas son competentes para juzgar la belleza de una obra, los filósofos para apreciar su utilidad. Profundo error, porque el arte y la ciencia son dos ríos majestuosos que, si tienen un curso diverso, tienen, sin embargo, una misma naciente, y tienden á conseguir una única, invisible y, tal vez, inalcanzable desembocadura.

Esta comunidad de origen entre el arte y la ciencia se manifiesta evidente por poco que se quiera echar una mirada sobre la literatura moderna.

¿Qué es lo que nos sorprende en ella? El hecho de que cada romance y cada drama es un estudio de vicios más que de virtudes, un análisis de sentimientos anormales más bien que normales, una obra, en fin, que, en vez de elevar un fácil himno á lo que es bueno y bello, describe lo que es desagradable, morboso y malvado. Tomad el romance naturalista de Zola ó el psicológico de Bourget; tomad el simbolismo septentrional (1) ó aquellas pericias psiquiátricas, que son los volúmenes de Dostojewsky; tomad, en fin, toda la obra de nuestro D'Annunzio, y decid si estas formas literarias, con diversos medios y fines, no reflejan toda la patología más que la fisiología del cuerpo social. ¿Por qué? No es, seguramente, como lo pretende Loti con ingenuidad, por un capricho espontáneo de los monstruosos cerebros de sus autores, sino porque la tendencia del pensamiento moderno debía necesariamente producir esta consecuencia en el campo del arte.

No en vano la ciencia experimental ha combatido la creencia en el libre albedrío, al cual se abandonaba cómodamente, hasta ahora, la investigación de las causas de los fenómenos. Delito, prostitución, vagabundaje, alcoholismo, todas las formas de miseria y de degeneración, se estimaban, hasta pocos años, como efectos de la libre voluntad del hombre; hoy la ciencia afirma que ellos no son sino los resultantes fatales de condiciones antropológicas y de medio ambiente, síntomas dolorosos de enfer-

(1) Ibsen, Suderman, etc. N. de R.

medades morales, imputables al individuo, como las físicas, si bien, desgraciadamente, más difíciles de curar que estas últimas.

Era, pues, natural, que al miedo y al odio del mal, sentimientos viles que nuestro siglo, como los precedentes, había experimentado, se sustituyese un sentimiento que tiene, sin duda, menos peligros y más nobleza: la compasión del mal. Más bien que limitarse á castigar el vicio y el delito con un rencor inútil y póstumo de venganza, era menester tratar de apagar sus gérmenes antes que hubieran brotado, flores venenosas, en el barro; y en esta obra santa de prevención y de depuración, sólo el artista podía ayudar al sabio eficazmente.

Las llagas no se pueden curar si no se descubren; y para revelar al mundo de los honestos y felices todo aquel otro mundo ignoto de delincuentes y desventurados que constituyen el lastre social, era necesario, no ya el libro árido y poco leído del sabio, sino el libro apasionado del artista que, con el encanto de la forma, supiera hacer correr un estremecimiento de piedad en el alma de sus numerosos lectores.

El romance naturalista es, como en otro campo el libertario, un aliado de la ciencia moderna. La crisis moral y la económica que atravesamos no podían menos que tener su contragolpe en la literatura. Un soplo cálido de altruismo anima la conciencia contemporánea: lo que interesa y ocupa hoy la mente de todos, es, de un lado, aquel ejército de miserables que han sufrido, callando, hasta ahora, y cuyo silencio hemos recompensado nosotros con una despreocupación inconsciente ó desdenosa, y de otro lado, aquel ejército de delincuentes que nosotros despreciamos sin estudiarlos y á quienes creímos encontrar remedio eficaz en las ilusorias penas de encarcélación.

Hoy advertimos, quizá bajo el aguijón del miedo, que es tiempo de abandonar esa despreocupación y ese desprecio, y tratamos de oponer á la miseria y á la criminalidad que aumentan, diques más sólidos de los contruidos hasta ahora.

¿Podía el arte permanecer extraño á esta preocupación general? ¿Debía tener los ojos fijos en el ideal, mientras la triste realidad exigía su ayuda? ¿Era justo que se siguiese describiendo lo bello y lo bueno, mientras la infelicidad y la culpa elevaban el grito de dolor? Y, por otra parte, las mismas escuelas literarias que no tienen ninguna intención ó preocupación humanitarias, y que más bien las desdeñan, proclamando los privilegios del *super-hombre*, ¿podían describir tipos de individuos honestos ó exaltar virtudes, mientras en ese timorato fin de siglo todos somos ó creemos ser más ó menos neuróticos, desequilibrados ó enfermos?

Algunos escritores han sido definidos, y con razón, como «mitridates del arte, que acostumbran á nutrirse de pensamientos morbosos»; pero se habitúan por la fuerza, ya que el veneno no sólo existe en ellos mismos, sino que está difundido también por todo el ambiente en que viven.

He ahí, pues, por qué los artistas en gran parte están reducidos á hacer el oficio de clínicos que estudian y analizan casos patológicos; he aquí por qué, en nuestros días, la literatura se ha convertido en una especie de psico-patología.

Y aquí preveo una fácil crítica: Todo lo que habéis dicho, se me objetará, no es una novedad. El arte ha sido siempre psicología, y, por ende, también psico-patología. Al lado de los tipos clásicos de la belleza y de la virtud que nos han legado la pintura, la escultura y la poesía, poseemos los tipos clásicos de las deformidades y de las monstruosidades físicas y morales. Para no salir del campo literario y no citar más que un ejemplo, ¿no nos ha dado el genio de Shakespeare, en Otello, en Macbeth

y en Amleto los tres tipos insuperables del delincuente pasional, del delincuente nato y del delincuente loco?

Nada de nuevo, pues, bajo el Sol, dice la crítica; y la crítica tiene, en parte, razón. Nada de nuevo bajo el Sol; estamos de acuerdo, pero nada de nuevo en la substancia y no en la forma ó, mejor dicho, en el método. Y el método es todo, en el arte como en la ciencia. Los artistas de un tiempo inducían, por don feliz de naturaleza, las manifestaciones de cualquier enfermedad del espíritu que querían representar; los artistas de hoy no tienen necesidad de esa intuición: ellos *saben*. Shakespeare escribía cuando la psiquiatría y la antropología criminal no habían aún nacido. Zola, según su confesión, ha leído las obras de Lombroso, y ninguno de los verdaderos y grandes romancistas de nuestros días puede ignorar las conquistas hechas por la psiquiatría y por la psicología experimental en esta segunda mitad del siglo. Lo que, en otra época, se hacía inconscientemente, por adivinación, hoy se hace ó puede hacerse al menos, conscientemente, por cultura adquirida en los libros. De aquí la *novedad*, que sería vano negar en el arte, y he aquí por qué hasta el más oscuro de los estudiosos puede permitirse examinar si los tipos ideales de delincuentes y de degenerados, brotados de la fantasía de un artista, son verdaderos ante la ciencia.

* *

Releyendo, como he debido y deseado hacerlo, todas las obras en prosa de Gabri. l D'Annunzio, y releyéndolas en orden cronológico, he experimentado un cúmulo de emociones extrañas y diversas que desearía sintetizar así: *artísticamente*, me ha parecido salir de uno de esos conciertos de música clásica en que el profano, si no siempre alcanza á gustar su íntima y misteriosa belleza, entiende y admira siempre, sin embargo, la grandiosidad de su estilo y las dominadas dificultades de la forma; *intelectualmente*, he creído haber terminado entonces alguna obscura página de Nietzsche ó alguna lucida página de un filósofo griego, tanto el sabor de la sabiduría antigua se mezclaba á las ideas, á menudo geniales, pero con más frecuencia desequilibradas, de un desgraciado filósofo moderno; *moralmente*, me he preguntado si en verdad todos los progresos de la civilización habían sido inútiles, y si después de haber abatido tantas tiranías, deberíamos ahora sujetarnos á la novísima del *super-hombre*.

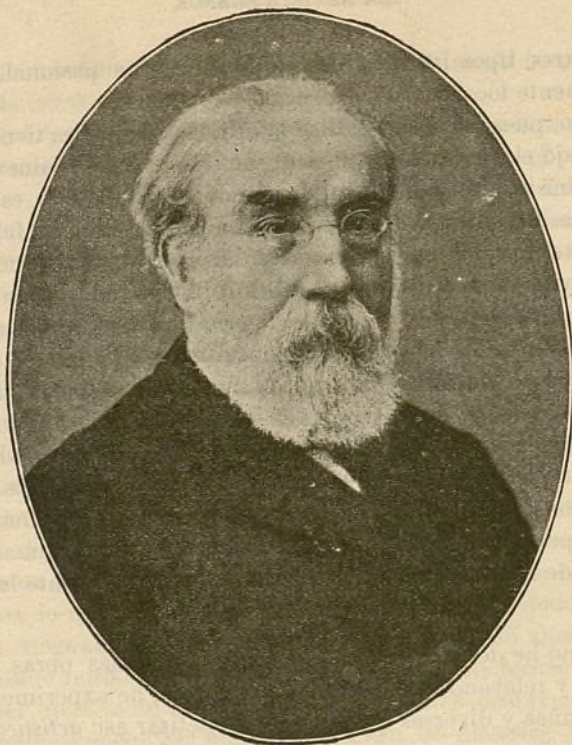
Y como diversas y contradictorias eran en mí las impresiones suscitadas por la obra compleja, así lo eran también, entre ellos, los tipos principales que campeaban en aquella obra, como figuras en el fondo de un cuadro: algunos tomados evidentemente de la realidad cotidiana de la vida, otros imaginados por una fantasía que, por querer ser original, degeneraba en inverosímil y antinatural.

Entre los primeros me permito colocar á *Giovanni Eptscopo*, *Tullio Hermil* é *Isabella*, la loca del *Sogno d'un mattino di Primavera*.

(Continuará.)

SCIPIO SIGHELE.





Francisco Pi y Margall.

Nació *Pi y Margall* en Barcelona á 29 de Abril de 1824; tiene, por consiguiente, setenta y cinco años. El ilustre propagandista conserva en la actualidad la *mens sana in corpore sano*, tan apetecida por el filósofo.

Pi y Margall, trabajando á los quince lustros con la misma lucidez y la misma perseverancia que lo distinguieron entre sus condiscípulos en los primeros años, desmiente, como la desmintió en Francia el gran Víctor Hugo, la creencia muy generalizada de que los niños precoces viven poco; niño precoz, extraordinariamente precoz era Pi y Margall en 1835 y hombre de inmenso valer, de indiscutible prestigio, de clara y prodigiosa inteligencia es en 1899.

«En 1837 (dice uno de los muchos biógrafos de Pi) cuando contaba trece años ingresó en la Universidad de Barcelona, estudiando todos los cursos de segunda enseñanza con tan singular aprovechamiento, que al final de los años tuvo conclusiones públicas; en latín, la de lógica y metafísica; y en castellano, las de matemáticas, astronomía, física y filosofía moral.»

»Por esta misma época aprendió los idiomas francés, inglés é italiano, que le sirvieron de poderosos auxiliares para los estudios literarios, por los que sentía una afición tan decidida y una vocación tan resuelta, que se creyó destinar á la novela y al drama, en cuyos géneros [cosa singular! no ha hecho después tentativa alguna. En aquella época robaba horas al sueño para consagrarse á la lectura de los principales autores españoles y extranjeros. Los textos de Lope de Vega, Alarcón, Moreto, Tirso de Molina y Calderón de la Barca, llegaron á serle familiares y tuvo la fortuna de leer los vigorosos conceptos de *Shakespeare* en el enérgico y conciso idioma del colo-

so de la tragedia. Asimilóse cuantas obras de literatos famosos tuvo ocasión de leer, y de este modo poseía á los dieciséis años una erudición literaria verdaderamente rara á su edad y que le sirvió mucho para depurar su gusto y para formar ese estilo castizo, vibrante, y severo que caracteriza todas sus obras y que lo acreditó como el primero de los prosistas españoles.

»Es mucho más de admirar la prodigiosa aglomeración de conocimientos que Pi y Margall había recibido en los primeros años de su juventud, si se tiene en cuenta que, desde los diez años de edad, hubo de consagrarse á la enseñanza para subvenir con el producto de las lecciones que daba, al costeamiento de sus estudios y, más tarde, al aumento del bienestar de su familia. Los que han conocido al Sr. Pi en aquel tiempo hablan con verdadera admiración de la laboriosidad ejemplar de aquel niño, en cuya despejada frente brillaba la serena luz del genio y que, apenas terminada la explicación que había escuchado en las aulas, marchaba á servir á su vez de profesor á un concurso de jóvenes, que oían con atención respetuosa las lecciones de su juvenil maestro, inferior á muchos de ellos en edad y que discurría con profundidad sorprendente por el ancho campo de los conocimientos científicos.»

Con deliberado propósito, he reproducido textualmente los anteriores párrafos tomados de la obra *Pi y Margall y la política contemporánea*, de D. Erique Vera y González, escritor muy distinguido y uno de los más brillantes periodistas españoles, contemporáneos, porque, sobre dar idea exacta de lo que hay en la vida de Pi menos conocido, revelan con toda claridad lo que aquel talento privilegiado, lo que aquel carácter varonil y entero, lo que aquel muchacho de grandes alientos, de nobles ideas y de probidad incorruptible prometía desde que dió sus primeros pasos en la vida.

Con creces ha cumplido el hombre las promesas del niño.

Pi y Margall periodista, Pi y Margall orador, Pi y Margall apóstol y propagandista del credo democrático y de la doctrina federal, Pi y Margall diputado y ministro y jefe del Gobierno, figura es que se destaca vigorosamente en el cuadro de nuestra historia política y cuya existencia va indisolublemente unida á las dramáticas peripecias porque España ha pasado en la segunda mitad de este siglo.

La vida del insigne político, del sabio publicista, del varón íntegro, que ya en 1854 es perseguido y encarcelado por un gobierno provisional que se titula á sí mismo revolucionario, pertenece ya al dominio público y es de todos conocida.

Su obra magistral *Historia de la Pintura*, anatematizada, primero, por la censura eclesiástica; prohibida después por un ministro débil y lacayuno; su *Historia de América antes del descubrimiento*; su libro *Las Nacionalidades*, (evangelio del partido federalista español); sus discursos parlamentarios; sus trabajos admirables en *El Nuevo Régimen*, en los cuales con una clarividencia que ha maravillado á sus compatriotas y con un valor cívico, del cual se ven muy pocos ejemplos, anunció todos los males que hoy nos abruman y señaló la manera de evitarlos, colocan á Pi y Margall á tal altura que hacen de él, no ya una gloria nacional, sino gloria universal de su tiempo.

El vió como nadie y antes que nadie las desdichas que la malhadada guerra de Cuba traía consigo y arrostrando la impopularidad que arredra á casi todos los políticos, señaló con firmeza el peligro, indicó sin vacilaciones el medio único de conjurarlo.

Sus advertencias y sus consejos fueron desoídos y llegó la catástrofe, y ahora no hay político español que, profeta del día siguiente, no se jacte de haber provisto las desgracias que todos lamentamos.

Pi y Margall, el autor celebrado en todo el mundo de *La Historia de América*, no figura entre los *Académicos de la Historia*; Pi y Margall el prosista incomparable, cuyas hermosas obras serán, sin duda posible, precioso legado que la presente generación legue, para propia honra y muestra gallarda de su valer, á las venideras generaciones, no pertenece á la *Academia Española*, en la que, al lado de hombres de mérito indiscutible, figuran adocenadas medianías que sólo pueden alegar, para ser incluídas entre los *inmortales*, el mérito de haber adulado á tal ó cual personaje político; Pi y Margall, el insigne crítico de arte, el autor de *La Historia de la Pintura*, libro realmente inmortal, no ha sido llamado á la *Academia de Bellas Artes* (ó como se nombre), á la cual pertenecen algunos escritores que publicaron, hace mucho tiempo, algún folleto insignificante; Pi y Margall, el autor de *Las Nacionalidades*, de *Las luchas de nuestros días*, de *La Reacción y la Revolución* y de tantos y tantos libros magistrales, no tiene asiento en la *Academia de Ciencias Morales y Políticas*; más de medio siglo de labor no interrumpida, de trabajo fecundo y admirable, no han servido al ilustre español para que las *Reales Academias* (que Reales se nombran todavía), quieran honrarse llamándolo á su seno. (1)

Grave error, gravísimo error el de quienes, procurando monopolizar el usufructo de esas gerarquías oficiales, alejan sistemáticamente de ellas á los hombres que no profesan principios reaccionarios.

Cuando nuestros nietos lean y admiren, como de seguro leerán y admirarán, las obras de Pi, no podrán menos de preguntarse con justificadísima extrañeza: «Pero, ¿es posible que un hombre que así pensaba y así escribía no figurase en ninguna de esas corporaciones á que eran llamados los grandes y los doctos?»

Pi y Margall ha vivido siempre y vive hoy, única y exclusivamente del producto de su trabajo.

Nunca buscó en la política los medios de subsistencia; ni la tomó para proporcionarse personales medros.

La lucha que comenzó á los diez años, continúa para él á los setenta y cinco.

No cobra cesantía de exministro. Trabaja en su bufete de abogado y se dedica á tareas literarias para atender á sus obligaciones.

A la contienda política acude cuando sus compatriotas lo llaman, y acude para cumplir un deber, que juzga de cumplimiento ineludible.

¿Que tiene defectos? ¿Quién lo duda? Ni ¿cómo podría no tenerlos siendo hombre? Tal vez los más visibles y los más perjudiciales de todos, sean los que nacen de su bondad misma y de lo sano y elevado de su espíritu superior que, en ocasiones, lo alejan de la realidad. Pero, ¿qué significan, ni qué valen esos defectos, si se comparan con las virtudes que lo enaltecen?

Quédese la tarea de aquilatar esas deficiencias, muy discutibles, para los adversarios políticos, para los envidiosos de ajenas glorias; por mi parte declaro, sincera y lealmente, que nunca puedo acordarme de Pi y Margall sin pensar en su larga y fecunda existencia consagrada exclusivamente al trabajo; en su obra admirable dedicada siempre á la defensa de la justicia y de la verdad; en sus nobles campañas en pro del menesteroso y del oprimido.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

(1) Esto demuestra lo que Pi y Margall vale como pensador.—N. de la R.



CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

Ciertos autores que han hablado incidentalmente de la sofocación, parecen atribuir esta forma de fatiga al mecanismo propio de los ejercicios que sofocan y al trastorno directo que producen esos ejercicios sobre los movimientos respiratorios. Al correr, no es la *inspiración* lo difícil, sino la *expiración*. No se experimenta en ese ejercicio ninguna dificultad para hacer que entre el aire en el pecho; por el contrario, la que es difícil é incompleta, es la salida. Según las observaciones hechas sobre nosotros mismos y sobre un amigo que ha querido prestarse á este estudio, la inspiración es libre, fácil, profunda y tres veces más prolongada que la respiración. Esta, por el contrario, es breve, insuficiente y deja la impresión de una necesidad no satisfecha.

Además, el ritmo tan particular de la respiración del corredor no es debido al mecanismo de la carrera, porque se le encuentra igualmente en todos los ejercicios que sofocan, cualquiera que sea su forma, y persiste siempre largo tiempo después de haber cesado el ejercicio. No puede decirse, pues, que esta forma de la respiración sea debida á contracciones musculares ó actitudes forzadas, puesto que se la observa, aun cuando los músculos todos hayan entrado en reposo y el cuerpo esté ya en la posición del descanso.

El desarreglo de la respiración, en todos los ejercicios que sofocan, no es la causa primera de la disnea, sino, por el contrario, su resultado. La explicación de la sofocación, basada sobre el entorpecimiento mecánico de los movimientos respiratorios, está lejos de poder aplicarse á todos los ejercicios y á todas las circunstancias en que se produce.

Si se busca una condición que sea común á todos esos ejercicios, á todos los actos musculares que reputamos capaces de acarrear perturbaciones rápidas en la respiración, se asombra uno de ver que todos necesitan un gran gasto de fuerza en un tiempo muy corto. En eso está, según mi opinión, la condición esencial de la sofocación.

Hay otras condiciones que favorecen el entorpecimiento respiratorio durante el ejercicio, sea suspendiendo momentáneamente la respiración, como se ve en el fenómeno del esfuerzo, sea obligando á los músculos torácicos á asociarse á un ejercicio que los aparta de su papel en la respiración. Pero estas condiciones no ofrecen más que un resultado pasajero y no contribuyen sino muy débilmente á la sofocación. Las causas capaces de dificultar la respiración mecánicamente, intervienen como factores accesorios, como una complicación, capaz de apresurar y agravar el fenómeno,

pero no pueden producir por sí mismas una dificultad prolongada y persistente de la respiración, si no van asociadas á actos musculares que exijan gran suma de trabajo.

Para convencerse de ello, basta imitar experimentalmente lo que pasa en ciertos actos musculares que producen la suspensión de la respiración.

Si se hace una inspiración profunda, y, después de cerrada la glotis, se somete el aire introducido en el pecho á una compresión vigorosa contrayendo los músculos espiradores, se determinan todas las condiciones fisiológicas del esfuerzo. La faz inyectada de sangre, las venas del cuello fuertemente acusadas, las costillas levantadas enérgicamente, el tórax inmóvil en la posición de la inspiración forzada, dan el cuadro completo de los fenómenos presentados por el hombre que levanta del suelo un fardo para cargárselo á la espalda. Pero falta el fardo y el gasto de fuerza muscular que exige. Así, pues, á pesar de la suspensión completa de la respiración, la sofocación no se produce á consecuencia de un gran número de esfuerzos simulados, mientras que sobreviene siempre por un pequeño número de esfuerzos reales acompañados de trabajo muscular intenso.

Lo que sofoca en el acto del esfuerzo es la cantidad de trabajo efectuado, y no la actitud particular que ese trabajo necesita y la interrupción momentánea de la respiración que de ella resulta. Por no haber analizado esos dos elementos de un acto complejo, es por lo que muchos autores han atribuido la sofocación producida por ciertos ejercicios á la suspensión momentánea de la respiración durante el acto del esfuerzo. La suspensión, aunque sea completa, de la respiración, no puede por sí sola producir los fenómenos que se observan en las personas sofocadas. Produce la angustia respiratoria, que se prolonga mientras dura la pausa de la respiración; pero, inmediatamente que los movimientos recobran su libertad, el malestar cesa y la respiración recobra al instante su ritmo regular.

La sofocación, por el contrario, se prolonga mucho tiempo después de haber cesado el ejercicio, lo cual prueba, que su causa es más profunda y más duradera de lo que pueda serlo una detención momentánea de la función respiratoria.

Si se pasa revista á todos los ejercicios que parecen tener la especialidad de producir sofocación y se les somete á un atento análisis, se encuentra constantemente la confirmación de esa ley, que atribuye un gran entorpecimiento respiratorio ó una gran cantidad de fuerza gastada en poco tiempo.

Analicemos un acto de los más sencillos, el hecho de subir una escalera. Ningún trabajo sofoca más rápidamente, pero también es que tampoco ninguno exige mayor gasto de fuerza.

Supongamos que se sube con un paso moderado dos pisos por minuto, de modo que se emplean dos minutos en subir á cuatro pisos, cuya altura puede evaluarse en 20 metros. Una persona que pese 75 kilogramos, habrá elevado de ese modo el peso de su cuerpo á 20 metros y hecho por consiguiente, un trabajo de 75×20 , ó sea 1.500 kilogra metros.

Si se quiere reducir á un trabajo de otra forma el total de la fuerza gastada en subir la escalera (v. g., si se trata de levantar pesos), es asombroso ver que sería necesario, para tener el equivalente de la ascensión á un piso cuarto, levantar del suelo sucesivamente treinta pesos de 100 libras cada uno, y colocarlos en una mesa de un metro de alta; y esto en el espacio de dos minutos.

Es evidente para todo el mundo, que el trabajo, bajo esta forma, constituirá un

ejercicio muy violento; pero el hecho de subir cuatro pisos es un trabajo tan usual, que no se piensa en matar el gasto de fuerza que exige. Lo mismo sucede con todos los actos por los que se levanta el cuerpo: la marcha por una ladera, la ascensión á una montaña. En todos estos casos, el cuerpo humano, peso considerable, ha sido transportado en alto por un plano más ó menos inclinado, transporte que ha exigido un gasto grande de fuerza.

A la misma conclusión se llega, si se estudia lo que pasa en la carrera. En cada tranco de carrera hay un instante en que los dos pies abandonan el suelo á la vez en que el cuerpo marcha en cierto modo por el espacio, sin estar sostenido por el apoyo de las piernas y en virtud solamente del impulso muscular que lo separó del suelo. Este empuje que representa un trabajo enorme, se renueva tres ó cuatro veces por segundo. Durante la marcha, por el contrario, el cuerpo está sustentado por uno de los pies sin abandonar jamás el suelo. Estos detalles demuestran claramente la gran diferencia de trabajo que representan la marcha y la carrera.

Notemos que, en ésta, la sofocación es debida, menos á la velocidad de la progresión, que al modo de locomoción, á la manera cómo se transporta el cuerpo. La velocidad en el movimiento no basta para acarrear la sofocación, cuando no está combinada con la intensidad del esfuerzo muscular. Por tanto, no hay que referirse á la velocidad de un ejercicio para prejuzgar el grado de sofocación que debe producir.

Es posible, como ya hemos dicho, acortar el galope de un caballo, hasta hacerlo menos rápido que el trote largo; y, sin embargo, se observa siempre que el animal se sofoca mucho más galopando que trotando. Consiste en que el galope del caballo es una marcha más LEVANTADA que el trote, como lo han demostrado los experimentos de M. Marey. El caballo que galopa levanta su cuerpo á mayor altura del suelo que el caballo que trota, y hace, por consiguiente, mayor cantidad de trabajo mecánico. Por esta diferencia en la cantidad de fuerza gastada, el trote, á igual velocidad, sofoca menos al animal que el galope.

Sería fácil acumular ejemplos. Los que hemos citado bastan para demostrar que la verdadera condición de la sofocación, aquella sin la cual la perturbación respiratoria no se produce de una manera durable, es el gran gasto de fuerza necesaria para el ejercicio en un tiempo muy corto.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

Traducción de Ricardo Rubio.

CUENTOS DE AMOR

—Chico, cuéntame tus amores.

—Comenzaré por el primero que es, en mi sentir, el más grande—contestó Agustín.

Contaba quince años cuando asistí á un bautizo en calidad de artista, pues entonces se solicitaba, como ahora se solicita, el concurso mío y el de mi querida (1) en muchas de estas fiestas. Madrina lo era una joven como de diecisiete años, tan linda y galana, según cuenta Agustín, como el objeto de tu amor, lector amado. La niña

(1) Su querida es una guitarra que en manos de Agustín hace prodigios.

tenía historia á pesar de sus pocos años. Huérfana salió del Hospicio *sin más amparo ni más recursos que su hermoso cuerpo.*

Las bellas ruedan poco por el arroyo.

La valla que detuvo á la nuestra, fué un viejo, coronel del ejército inglés y dueño de un capital enorme. Cómo, de qué manera y en calidad de qué la llevó á su casa, lo ignoro. Sé, sí, que la vistió como una reina y que la proclamó señora. Mi opinión particular es que el coronel quería esconder sus canas detrás del boato, del lujo y del agradecimiento, sin comprender que el amor es muy desagradecido y sin atinar que jamás se inspirará cariño á fuerza de regalos. Por la parte contraria apostó el inglés, echándose á dormir, confiado en la fuerza mágica de sus libras esterlinas. Creyó justo que se le amara, pero ¿quién se atreve á hablar de justicia al amor? ¿Y qué es la justicia en materia de pasiones?

La joven madrina vió al niño músico, notando, quizás sin querer, que sus ojos brillaban muchísimo más que los del coronel *protector*; que su cuerpo era más gentil, su cara más fina y sonrosada, sus movimientos más ágiles, sus labios más frescos. ¿A qué pedir más? Pues había más aún. Durante las cuatro largas horas que la coronela estuvo en compañía del músico, no le habló, como el coronel le hablaba, de lo que anualmente producían sus minas, ni le expuso máximas morales, ni le dió largos consejos, ni le contó, una por una, las glorias de Inglaterra.

La madrina remuneró á los músicos antes de concluir la fiesta, y como Agustín era quien los dirigía y quien los había contratado, había de ser, también, quien distribuyera las ganancias. De manos de la coronela pasó la moneda á las del director, pero no sola, sino acompañada de una bolita de finísimo papel que el mozo guardó como oro en paño y en donde la muy ladina y atrevida madrina, había escrito las siguientes palabras, entre otras más dulces que la miel: «Deseo más tarde hablar con usted para contarle mis penas».

Acudió Agustín á la cita, ¡cómo no había de acudir á la primera un joven de quince años! y las penas anunciadas se convirtieron en alegrías tan grandes como las catedrales.

Si yo no hubiese nacido queriendo, sabría lo que tardan dos niños en quererse. Ahora no puedo explicarlo, pero si puedo decir que los enamorados se despidieron á besos mientras el inglés... roncaba.

¿La véis? ¿Que á quién? A la naturaleza. Despertad al inglés y capaz será de recibirlos á tiros; como niños hubieran llorado si no hubiésemos dejado velar á los amantes.

Largos meses duraron esas visitas nocturnas.

—Cuando me veas cruzar las tres ventanas del salón, entra.

Y nuestro niño, con las alas y la voluntad que presta el amor, acudía sin faltar noche así lloviera á cántaros y así el frío helara el alcohol. Hay que advertir que para llevar á cabo tal empeño había de realizar grandes hazañas. Las escenas de estos amores se desarrollaron en una colonia inglesa donde patrullas de soldados impedía que nadie transitara de noche. Además, para ir de su casa á la de su amante, nuestro pequeño héroe tenía que pasar por delante de un cuerpo de guardia. Sólo el amor es capaz de dar ánimo para empresas semejantes. Andaba Agustín de puerta en puerta y pegado á la pared. Arrastrábase al llegar cerca la guardia, y avanzaba lentamente cada vez que aquella volvía la espalda para recorrer el habitual trayecto. Lo que no logra el amor no logra la gloria ni ningún otro anhelo.

Frente á la casa que daba albergue á su adorada, pasaba nuestro joven músico horas enteras, esperando con afán el anuncio de su dicha. De pronto veía un resplandor semejante al de la aurora; después un ángel cruzaba el salón llevando el propio sol en las manos. Se habían abierto las puertas del cielo y dos pechos se estrechaban con frenesí mientras el inglés... roncaba.

Nunca supo Agustín qué tenía su corazón en tales casos. Sospechaba que, queriendo volar para poder llegar antes y no pudiendo hacerlo por falta de alas, demostraba su enojo á puñetazos.

—¡Chis!... Silencio y sígame.

Y así juntitos, dándose las manos, llegaban á una sala espléndidamente adornada con cortinajes de seda y alfombras de damasco, y espejos de Venecia, y sillerías de Viena, y flores, y perfumes, y fiambres y dulces; ricos adornos, aromáticas esencias y sabrosos manjares puestos allí para que remozaran y, á ser posible, ocultaran una cabeza canosa y una cara arrugada. La majestad del lujo no seduce al amor y las ofrendas que la joven recibía en pago de un cariño fingido, llegaban intactas y abonados con los encantos del amor verdadero en poder de un sér que vencía al dinero con solo su gracia y su juventud.

Antes el agua escalará las montañas que el amor se alcanzará por condiciones que no sean naturales.

Se sentaban: él, en un sofá; ella, sobre las rodillas de su amante.

—¿Me quieres?

—Inmensamente.

—Pues si me quieres, ¿por qué permites que finja amor á quien amor no me inspira? ¿Por qué no exiges que mi aliento sea para tí, sólo para tí? ¿Por qué no me permites vivir contigo? Yo no quiero joyas; yo quiero besos, los tuyos; caricias, las tuyas. Yo no quiero comodidades; tu cariño, tu persona es el único tesoro que anhele. Así como ahora estoy, quiero estar siempre.

—Mira, niña mía, tu sueño es irrealizable. Juntos ¿qué comeríamos?...

Besos.

—¡Besos! dulces y ricos son; pero...

—Pero, siempre el mismo pero. Yo no quiero continuar viviendo con el viejo; fingiendo un cariño que no siento, tolerando unas caricias que me repugnan.

Hecho especial y digno de notarse es que fuese ella, con dos años más que él, caso rarísimo en amores, con más mundo y en medio de todas las comodidades la que representaba el amor y hablaba su lenguaje y sentía su grandeza; y que fuese él, un mozalbete imberbe, nada ducho en amores, el representante de la sociedad con sus egoismos y sesudeces. Parecía Agustín un joven calavera que hubiese llegado á los treinta y cinco sin ilusión alguna. La muchacha, una niña candorosa que guardaba en su corazón el entusiasmo natural, irreflexivo y santo, por ser irreflexivo, del amor primero. Buena página para los imbéciles que, después de haber engañado á mil mujeres, exclaman *al fin mujer*, cuando, perdida la confianza en los hombres por las muchas falsías que de ellos han escuchado, hallan una dotada de aquella maldita inteligencia que elaboran los desengaños.

Cuando ya este amor contaba algunos meses, bastantes, el inglés dijo que tenía precisión de ir á inspeccionar unas minas que poseía en no sé qué parte del mundo. El caso raro de no pretender llevarse á la joven me hace á mí sospechar que lo que reclamaba su presencia en otra parte, era una familia que le hubiera sacado los ojos,

de presentarse á ella con una criatura tan linda como lo era la de la presente historia. Sea de ello lo que fuese, hay que confesar que el coronel llevaba el asunto como un verdadero inglés, á pesar de que, por lo que el lector verá, andaban sin sesos detrás de aquella niña. Partió aquél, dejando á ésta una libra esterlina para cada día que estuviese ausente, y lo estuvo... dos años.

No es para contar lo que los amantes gozaron durante tan largo tiempo. Ni un día se pusieron mala cara, tanto porque nada les faltó, cuanto por lo mucho que se amaban; lo cual demuestra que todas ó casi todas las cuestiones que surgen entre marido y mujer, reconocen por causa el lazo indisoluble del matrimonio ó bien la falta de recursos para atender á los gastos de la casa. ¿Huir? ¿para qué? Nadie se oponía á los deseos de los amantes ni habían de temer ser indiscretos. Comían besos y libras esterlinas, como si fuesen pan bendito. Ni les pasó por la mente que aquello podía acabarse ni sospecharon siquiera que no les pertenecía el nido de sus amores. Ninguna conveniencia social entraba en cuenta. Se recibía á las amigas y á los amigos, como si el estado de los jóvenes fuese el más natural del mundo y como si quisieran que todos los mortales participasen de su dicha.

Pero al inglés, que era un inglés por los cuatro costados, se le antojó ver el efecto que á su amiguita habían causado las libras esterlinas giradas á su favor, á los dos años de haberse separado de ella.

—¡Agustín!

—¿Qué?

—El inglés vuelve.

—¿Qué inglés?

—Mister X.

—¿Y qué necesidad tiene de volver?

—Es lo que yo digo.

Sin embargo, los amantes no despertaron de su sueño de amor hasta que los despertó el ruido que producía la llegada de muchos equipajes. Se conocía que el dueño era hijo legítimo de la Gran Bretaña, pues echaba por delante toda su indumentaria. A los pocos días llegaba Mister X. Las mismas patillas, la misma barriga, el mismo sombrero de copa blanco y la misma nariz colorada.

—¡Ah! mi buen Mister, mañana te presentaré á mi profesor de música.

—¿Conque tenemos profesor de música? Me alegro, á mí gustarme mucho la música.

Y al día siguiente:

—Tengo el gusto de presentarle á don Agustín Fulánez, mi profesor. Mister X., más que protector, padre mío, caballero.

—Servidor de usted.

—Mil gracias; quedo á sus órdenes.

Se habló de lo que hablan los que nada tienen que decirse. Del tiempo, del clima, de la función *echada* la vispera, de la pesca ó de la caza, según las aficiones de cada uno.

—Mister X desea tener el honor de sentarlo á la mesa, ¿verdad?

—Indudablemente.

—¡Ah! el honor será mío; estoy á las órdenes de compañía para mí tan agradable.

Comieron; el inglés no se emborrachó, porque la bebida nada podía contra él. Agustín apenas probó bocado. Más acertaba con el pie á dar golpecitos al de su amada que encontraba la boca con el tenedor.

La joven tomó pocas lecciones de música; en cuanto á besos no son para contados; más de una vez á punto estuvieron de ser denunciados por su hermoso sonido.

No se sabe quién fué; lo cierto es que alguien se metió donde no le llamaban. A los tres meses el inglés toma carácter y dice al profesor, en ausencia de la discípula:

—Tengo el honor de manifestarle que salga usted inmediatamente de esta casa.

Desde entonces á piedra y lodo estuvo encerrada la coronela. No había manera de hablar con ella ni de hacer llegar una carta á sus manos. Pero se trataba del amor y contra él todos los recursos se estrellan y todos los medios son inútiles. Ni valen rigores ni sirven artimañas.

Explicar cómo y de qué manera se entendieron los amantes sería cuento de nunca acabar, y como el presente alcanza ya regulares proporciones, diremos únicamente que al levantarse el inglés una mañana, encontró la jaula vacía, sin que presentara señales de haber sido fracturada.

El amor es el sentimiento que se conserva más sano é incólume en medio de una sociedad que todo lo ha corrompido. No puedo censurar el acto realizado por los jóvenes, á no ser que lo censure por haber tardado tanto en llevarlo á cabo. Su desgracia habría llegado antes, pero su dignidad hubiera ganado mucho. Culpa suya no fué, si, abandonados á su suerte, acabara pronto la dicha. Cúlpese á la sociedad.

Refugiáronse en la fonda de un pueblo cercano, fueron felices mientras tuvieron dinero; cuando no, procuraron obtenerlo buenamente y no pudieron. El posadero se empeñó en cobrar la cuenta cuando era bastante crecida. Temió la bella por el galán y le dijo:

—Agustín mío, aquí te puede suceder algo malo. Vete, yo pagaré por tí.

—¿Con qué, si no tienes dinero ni cosa que lo valga?

—No importa, pagaré; huye.

Cumplió su palabra; pagó.

¿Cómo? Vendiendo su cuerpo á un capitán del ejército español.

No la maldigas lector, y piensa un momento en su situación difícil. Si los amantes hubiesen estado acostumbrados á esta lucha brutal á que nos condena la sociedad, hubieran huído juntos, sin pagar y con dinero en el bolsillo. No reunían *práctica social*, condiciones para morder á sus semejantes y sucumbieron por miseria. Sola y sin recursos ella, los sacó del único tesoro que el hombre reconoce en la mujer. No podemos culparla; no tenemos derecho ni como hombres, ni como miembros de una sociedad que tales monstruosidades provoca.

Después... ¿quién sabe lo que hizo después?

Yo la perdono: *ama aún á su Agustín.*

FEDERICO URALES





SECCIÓN LIBRE

NUESTROS MARTIRES

Para las clases dominantes.

Y si se nos mata y persigue injustamente, ¿por qué no aprovechar estas injusticias en bien del ideal? No por nuestras personas, por nuestras ideas luchamos. La vida es placer para nosotros, pero no por guardarla hemos de tolerar sistemas inicuos, reinados injustos. Perseguís al ideal y á los hombres de manera tan cruel y tan sin razón, que, sin querer, otorgáis á los hombres y al ideal medios para salir del combate más poderosos y más fuertes.

Fácil para quien reúne la fuerza económica y política, engañar á la colectividad respecto nuestras cualidades morales, más difícil convencerla que se nos ha de combatir sin razones ni sentimientos y que todo medio es bueno si tiene por fin el exterminio de una raza como la nuestra, que ha demostrado retoñar con más vigor, cuanto más á menudo se la siega.

Sangre de mártir tienen los fosos de Montjuich. Como una gota de agua á otra gota, aseméjense los calabozos de la fortaleza maldita y las catacumbas de Roma. Más que el tiempo influirán sobre la consistencia de sus almenas y de sus torres, dos fechas imborrables: el 4 y el 21 de Mayo.

No la poderosa fuerza de los años, la más poderosa de la idea allí perseguida, allí martirizada, allí calumniada, derrumbará aquel baluarte enseña de la barbarie española, de esta barbarie que nos ha enajenado las simpatías de los pueblos generosos.

Pueden los españoles ilustres y amantes vehementes de esta tierra, decir á voces que en el extranjero se trata á España injustamente; pueden desgañitarse intentando convencer á las naciones modernas, á estas naciones que viven de la consideración moral que á España le falta, que somos dignos del aprecio de los pueblos cultos, que no lograrán su objeto si para llevarlo á término sacan á relucir las obras de un Cajal, de un Rubio ó de un Giner, y ocultan, bajo el velo del silencio, los tormentos que en Montjuich se infirieron á la inocencia y que en toda España se infiere á la pobreza sólo por serlo. Marzo, muriendo en su lecho; Portas, paseándose por las calles de Barcelona, triunfante la intolerancia y la teocracia, dirán más, muchísimo más, en contra de España, que en bien, los actos de sus notabilidades, porque si la labor del sabio alcanza aprecio, la tolerancia que los poderes españoles usan para con los inquisidores y asesinos, para con los que azotaron el rostro de la civilización con el látigo afrentoso del tormento, para los que quieran hacer de España un convento y un cuartel,

tendrán mucho más poder en contra nuestra que esta pléyade insigne de notabilidades que no serán lo que en otros países serían, mientras hablen el idioma español ó mientras no la empleen en condenar aquellos elementos que le deshonoran y en maldecir y anatematizar estos procedimientos que la envilecen.

No cejaremos, no, ¡qué hemos de cejar! hasta conseguir la revisión de todos aquellos procesos que jueces al servicio del jesuitismo incoaron contra la santidad del pensamiento, fanáticos ellos hasta el punto de no tener más razón ni más sentimiento que el sentimiento y la razón que les dictara una educación defectuosísima y una naturaleza degenerada; y si para conseguir tales propósitos se necesitara la sangre generosa de los que pudieron escapar á la locura sanguinaria de los bárbaros que en España toda, y en Barcelona particularmente, destrozan el cuerpo humano por el placer de destruirlo y martirizan al librepensador para ganar grados ó para ganar el cielo después de confesarse y antes de hacerlo, ahí está la muestra, tan fructífera como pura, y tan bien dispuesta para el sacrificio, como el brazo de Portas lo está para inmolarla.

Hoy con éste, mañana con otro motivo, al pueblo enseñaremos nuestros mártires, vuestras víctimas, aunque nos hayamos de enseñar nosotros mismos, víctimas de los enconos, de las preocupaciones, de las maldades, y el pueblo será nuestro, si no por haber ganado nosotros su voluntad, por haber vosotros herido sus sentimientos.

Nos sentimos mártires del ideal libertario, que tanto os asusta y que tanto odiáis, más por considerar que ataca vuestros privilegios que por creerlo injusto. Así, pues, el martirio no podrá, no, hacernos retroceder; al contrario, nos facilitará ocasión para penetrar en el sentimiento de la masa, abierto siempre al dolor de las grandes desgracias que tanto provocáis en perjuicio mismo de vuestros privilegios. Con nuestras penas y con nuestras amarguras, abonaremos el ideal, este ideal que no cabe, por lo grande, en vuestros cráneos, y que para nosotros es mucho más santo que Dios para los creyentes y que el amor para los amantes. Nuestros cariños y nuestros anhelos y nuestras aspiraciones, de este ideal se componen; tanto de este ideal se componen, que si no temiéramos entrar en el campo del misticismo, diríamos que sólo sufriendo por él gozamos. Somos tan buenos y perfectos, que con valer tanto la vida, es de lo que poseemos lo de menos valor, y al otorgar nuestra existencia al ideal, le damos una miseria. Así que, al matarnos y al perseguirnos sin piedad, se nos convida á placeres; y cuando, como en Jerez y en Barcelona, os apresuráis á meternos plomo en el cuerpo ó la argolla en el cuello, creyendo que así es como nuestro ánimo languidece, no hacéis más que alimentar nuestras esperanzas, porque nos dais motivos para demostrar al pueblo lo que somos y para demostrar lo que sois. Seguros estamos de que entre unos y otros hay muchísima diferencia, y de que esta diferencia ha de demostrar nuestra superioridad moral y física, que tanto gusta y admira la masa, por cuya redención trabajamos.

La historia es de las víctimas, no de los verdugos. Para maldecirla nos acordamos hoy de la inquisición; de sus víctimas, para bendecirlas.

Sin la matanza de los hugonotes, la Reforma quizá hubiera triunfado en Francia; pero el almirante Coligni no tendría cien estatuas en cada nación civilizada, ni la historia pronunciaría con horror el nombre de Catalina de Médicis. Sin los jacobinos, la nobleza quizá hubiera logrado vencer á la Revolución Francesa; pero la nobleza no hubiera podido engalanarse con la rosa del mártir, ni obtener las simpatías que obtuvo y obtiene toda víctima de este ó de aquel poder, ni María Antonieta hu-

biera dejado una cámara profanada por mil liviandades para penetrar en el puro recinto del martirio, ceñir su aureola y oler su fragancia. Sin las degollinas de Mayo, dudoso que los comunistas hubiesen sido vencidos; pero la matanza de aquellos lobos, lobas y lobeznos, no sería objeto de gloria, ni causa de propaganda, ni las miles de criaturas que ha catequizado el socialismo y el anarquismo en los *meetings* y veladas celebradas en conmemoración del 18 de Marzo, hubieran podido efectuarse, ni el socialismo internacional se hallaría tan potente como hoy se halla.

Sin los fusilamientos y martirios realizados en Montjuich, quizá en Barcelona el espíritu de rebeldía se hubiera manifestado con más pujanza; pero España no sabría que hay hombres capaces de morir por un ideal generoso, al que se quiso mancillar mancillando la memoria y la vida de sus defensores, ni media nación se hubiera levantado en favor de las víctimas al anuncio de lo que ellas sufrieron, ni se hubiese interesado por el ideal que tan grandes caracteres forma y tan bellas facultades engendra, ni las columnas de *El Progreso* hubieran hecho latir los corazones y mover los brazos que organizaron y llevaron á feliz término aquellas manifestaciones que demostraron se había salvado la honra de los muertos, la consideración de los vivos y la pureza de las ideas.

Vengan, pues, persecuciones y martirios; con ellos el ideal abonaremos.

Uno tras otro, y serenos y gallardos, irán á la muerte nuestros mártires; serenidad y gallardía que atraerá la atención y la voluntad de los buenos. Jamás menguarán sus energías ni padecerán sus virtudes.

Son casi tan grandes como el ideal que defienden.

Mirad si podréis algo contra ellos, clases dominantes.

JUAN MONTRENY.

SALVOEHEA

Después de leer la prensa española de todos matices vemos que, está conforme en que el hombre más íntegro y más honrado y cuya dulzura de carácter la compara un periodista con la que debió tener el Cristo de la leyenda, es precisamente un anarquista, es Salvoechea. ¡Qué desencanto para los que por doquier quieren que circule como moneda corriente que el anarquista es el lobo montañés que acecha su presa, el feroz bandido que ni respeta las leyes naturales y que, impulsado por el instinto, acosa, persigue y mata! Aberración fenomenal de burgueses acéfalos, hora es ya que desaparezcas ignominiosamente entre las brumas del desprecio de los hombres que sienten latir su corazón por todo lo grande, por todo lo bueno, por todo lo generoso.

El único ideal que se alimenta de abnegaciones y que sus entusiastas defensores no aspiran á otra recompensa que la de saber que han hecho un bien á la humanidad trabajando para su emancipación, es el ideal libertario. El único ideal que centuplica sus fuerzas y forma la gran falange de una fuerza viva, consciente, emprendedora, capaz de parecerse todos como un solo Sofocles y comparecer como él ante el Areópago para que sus jueces viertan á torrentes la sangre, si la creen necesaria para alimentar el progreso, es el ideal libertario.

En vano los tiranos intentan detener la humanidad en su marcha. Para el vuelo

del pensamiento no hay cadenas, como para el giro del sol no hay obstáculos. Las ideas generosas se abren paso por entre escollos y precipicios, y tras tantos siglos pleróticos de barbarie y ahitos de sangre salen más purificados, como purificada sale la atmósfera después de la tempestad.

Salvoechea compendia en el mundo de las ideas toda una época de persecuciones injustas y de condenas bárbaras que empiezan con la declaración gubernativa de la ilegalidad de la Internacional, pasa por las anomalías burguesas de la región andaluza y tiene su epílogo sangriento en los fosos de Montjuich. Sin embargo, Salvoechea que honró el presidio con solo su permanencia en él, que dignificó la persecución por haber sido él perseguido, que elevó y engrandeció el espíritu revolucionario iniciado por los internacionalistas, al llegar á Cádiz, su país natal, se le recibe con un entusiasmo tan espontáneo y tan vivo que ni los conquistadores antiguos, ni los Bonapartes modernos lograron alcanzar jamás. ¡Influencia magnífica, grandiosa, benéfica de la abnegación y el altruismo!

Salvoechea desde los balcones de su casa ha dicho que es comunista revolucionario; pero esa afirmación concreta de hoy no quiere decir que lo sea de ahora.

Como el Sr. Pi y Margall, desde las columnas de *El Nuevo Régimen*, muestra mucho interés en querer saber de Salvoechea la índole y la forma de su comunismo, para—conocido su procedimiento que es el revolucionario—saber la estructura y el alcance de su sistema, debemos decir que hace años expuso Salvoechea en *El Socialismo* de Cádiz, sus teorías comunistas, por lo que podemos afirmar que el comunismo que siente y propaga nuestro amigo, es el comunismo libertario. Hay que advertir y conviene advertirlo en bien de muchos individualistas políticos que, como Castelar, sólo han estudiado el comunismo de Fourier y de Saint-Simón, combatiendo á los demás únicamente porque se llaman de igual manera, que, con el comunismo libertario, será común la producción, pero no el productor; todo estará á disposición de todos, es decir, la propiedad y los medios de producción serán de la comunidad, teniendo cada una el derecho de tomar aquello que bien le parezca; y, salvando siempre la autonomía del individuo, éste vivirá como le plazca, vestirá del modo que tenga por conveniente y comerá lo que le apetezca.

Sin embargo, nosotros veríamos con gusto que el amigo Salvoechea expusiera y continuara la campaña emprendida en *El Socialismo*, para la cual le ofrecemos las columnas de LA REVISTA BLANCA, pues, consideramos de palpitante interés el que sean conocidas todas las tendencias del socialismo en España.

SOLEDAD GUSTAVO.

ENCUENTRO

¿Tú por aquí, amigo Juan Lanas?

Me alegro. Ha tiempo que no nos veíamos y quiero que echemos unos párrafos.

Estoy muy incomodado contigo, y voy á zurrarte de lo lindo; te lo advierto para que después no me vengas con quejas.

Cada día más ignorante, más vicioso y más grosero, pasas la vida quejándote de tu suerte, envidiando la de los otros y declamando contra el orden social.

Esto no puede continuar así; y como yo he cometido la torpeza de halagar algunas de las falsas ideas en que hoy te apoyas para seguir por tan mal camino, me creo en el deber de ahuyentarlas de tu cerebro.

Sé que vas á retirarme tus simpatías, pero en cambio reanudaré con mi conciencia las relaciones interrumpidas por causa tuya.

Prepárate, pues, á oír un puñado de verdades.

Pero antes ven y daremos una vuelta juntos por esta villa y corte de las Españas.

Anda á prisa, que no puedo entretenerme mucho, pues la hora de comer se acerca y voy sintiendo apetito. El que tú no comas no es razón para que seas desatento conmigo, que como y muy bien por cierto. Con que aprieta el paso.

¿De quién crees que es la casa que están construyendo ahí enfrente? De uno que no tenía camisa al venir la restauración. Desertó de la revolución cuando la vió vencida, difamó á sus hombres, le dieron en pago un destino en Cuba, robó, y ahí lo tienes.

¿Y aquel palacio? De un marido que cotiza su tolerancia en la bolsa de la deshonor, haciendo grandes jugadas.

¿Qué quién es aquella mujer que va en aquel coche reclinada indolentemente? La manceba de aquel que va á caballo á su lado, y que á su vez busca en amores vultuosos el oro que con ella derrocha.

¿Con qué dinero te parece que se ha edificado aquel convento? Con el arrancado á la hipocresía, á la vanidad y al vicio por los religiosos que hacen voto de pobreza.

Pasemos de largo, que no quiero hablarte de los cuantiosos fondos empleados en la construcción de aquel templo, mientras los hospitales carecen de recursos.

¿Qué quién va en aquel carruaje? Un obispo que abre suscripciones en su diócesis para mandar dinero al Papa, en tanto que muchos de sus feligreses emigran ó sucumben por falta de medios para vivir.

Mas ¿qué ruido es ese? Parece así como el disparo de un arma de fuego... La gente se arremolina... ¡Ah! Es un joven que se ha suicidado...

¿Qué dice ese papel que tiene en la mano? «Que no habiendo comido en cuatro días, prefiere morir honrado á vivir del robo.»

¡Valiente lila! Tan lila como tú, Juan, que no sabes buscártelas más que trabajando, y cuando no, te haces cruces en el estómago.

Pero se me ha ocurrido una gran idea. Ven á la Cibeles, ahora que va oscureciendo, y verás maravillas.

Mira en dirección á la puerta de Alcalá... ¿Qué ves? Muchas luces, que ora aparecen, ora se ocultan. Son las de los coches que regresan del Retiro.

¿Que cuántos vienen? ¡Qué sé yo! Muchísimos, y muy nuevos, y con grandes troncos de caballos.

¿A que sé en lo que estás pensando? En que no teniendo aquí vida la industria, ni el comercio, ni la gricultura, gran número de esos coches procede de la estafa, el robo y el vilipendio.

¡Bah! ¡Bah! Declamaciones demagógicas; cantilenas ridículas de todos los que no saben vivir...

Pero ya es hora de comer. Quédate con Dios, y, si no revientas, ya tendremos ocasión de echar otros párrafos por el estilo.

JOSÉ NAKENS.



TRIBUNA DEL OBRERO

UNA CARTA

Sr. Director de LA REVISTA BLANCA.

Muy señor mío: Usted que pone las columnas de su hermosa Revista á disposición de todos los hombres de buena voluntad y de todas las causas justas, no dejará de publicar estas líneas, para lo cual le da gracias anticipadas la que las firma.

En la sección titulada *Locales* del diario *Las Noticias* de ésta y en el núm. 1.119, publica un suelto que no puedo dejar pasar sin decir sobre él cuatro verdades, que me inspira mi amor por la justicia.

Queriendo dicho diario atacar á un tal Timoteo Susany, que desde *El Diario de Lérida* intenta restarle suscriptores con medios más ó menos legítimos, *Las Noticias*, contestando golpe por golpe, denuncia al Susany como huésped del castillo de Montjuich cuando el atentado de Cambios Nuevos, lo presenta como terrorífico anarquista por editar en otro tiempo *La Conquista del Pan*, intenta mancharle diciendo, que Portas lo condujo al castillo maldito atado codo con codo, y por fin de fiesta le azota el rostro diciendo que su retrato consta en el cuadro que la policía judicial posee, compuesto de los rostros terroríficos de los anarquistas españoles.

No conozco, á pesar de haberseme honrado encerrándome en Montjuich, el contrincante de *Las Noticias* y allá con él se las componga; pero he de decir algo sobre el particular, por lo que á mí me interesa el asunto. Por lo visto, el autor del suelto conoce *La Conquista del Pan*, por lo que le habrán dicho en las oficinas de la policía judicial de Barcelona, porque si fuese un poco ilustrado y conociera la obra en cuestión por haberla leído, no emplearía como ataques, argumentos que más honran que mancillan, porque honra á quien lo posee el fruto de un hombre sabio, honrado apóstol de la libertad verdadera, en pro de la cual ha dado honores, riquezas, comodidades, dejando su título de príncipe por el dignísimo de obrero.

Dice también el sueltista de *Las Noticias*, que todos los que componemos el cuadro de la policía, tenemos la faz terrorífica. Mi dignidad de mujer y de persona se sintió ofendida al leer tal afirmación, y ganas me dieron de ir á desmentirla con mi presencia. No fui á *Las Noticias*, pero conste que algunos de estos que tienen la faz terrorífica, pueden servir de modelos por su perfección y su belleza.

Mucho podría vanagloriarse el autor de tal simpleza, si la naturaleza hubiese sido con él tan benéfica como lo ha sido con muchos de estos que ostentan su faz terrorífica.

Mentira parece que aún haya quien crea y escriba tales bestialidades, y quien, por un temor de idiota, adule á Portas, y lo presente testigo en algún pleito.

A escribir estas líneas me han inducido dos cosas: primera, dar una lección al articulista, que bien la merece el infeliz; segunda, advertir al Sr. Guerrero, director de *Las Noticias*, que tan bien se condujo en la causa incoada contra mí y algunos más cuando el *meeting* organizado por la juventud escolar y en la cual actuaron de acusadores y de jueces los mismos que de tales sirvieron en el proceso de Montjuich, que este camino no conduce á la imparcialidad ni á la dignidad.

Vuestra amiga,

TERESA CLARAMUNT.



Muy de veras felicitamos á los elementos que en Barcelona han organizado el *meeting* para protestar del proceso que se sigue á Agustina Solé, quien, en defensa de la santidad del pensamiento, se opuso á las pretensiones de un cura que por fuerza quiso confesar á la madre de aquella joven, anciana, que yacía moribunda en el lecho y que murió á los pocos momentos de ser comulgada, á consecuencia del terror que le produjo la algarada que motivó en la santa alcoba de la enferma, la intolerancia religiosa.

Es preciso valerse de todas las ocasiones para propagar la tolerancia y el respeto á las ideas ajenas y para aunar en una todas las voluntades enemigas del fanatismo que tanto perjudica á la humanidad en general y á la nación española particularmente.

Hora es ya de que, no solamente Barcelona, sino España entera, demuestre que tiene energías para defender los fueros de su razón y de su dignidad.

Todos cuantos tal cosa hicieren encontrarán en LA REVISTA BLANCA un apoyo, si no muy poderoso, muy sincero y muy sólido.

Después de algunas semanas de ausencia hemos recibido la grata visita de *La Idea Libre*. Su reaparición nos ha producido inmensa alegría, tanto más cuanto se había dicho que no volvería á publicarse. Por los ideales libertarios lo sentíamos.

Muy sinceramente deseamos á nuestro estimado colega, vida larga y próspera.

Salvo dos periódicos, *La Idea Libre* y *La Política Española*, que reprodujo parte de lo que el primero dijo respecto de la hoja *Justicia*, circunstancia que mentamos sin otra intención que la de ser sinceros, las demás publicaciones que han hablado de ella, y son muchas, han dicho que si las columnas de *El Progreso* demostraron que en Montjuich se había aplicado el tormento, el trabajo de nuestro amigo Urales dejaba el convencimiento y la prueba material de que los condenados como autores y cómplices del crimen de Cambios Nuevos, eran inocentes, que es lo único que dicho amigo se había propuesto, lo único que había anunciado, y lo único que, á nuestro entender, procedía hacer público en un documento destinado, no á los partidarios de tal ó cual idea, sino á la opinión en general, para que ésta en conjunto y no aquéllos en particular, vieran y reprobaran las injusticias cometidas en el castillo maldito, y para que toda la prensa liberal defendiera, como ha defendido, la revisión del proceso de Montjuich, ya que dicho proceso, más que asunto particular y hasta más que asunto nacional, es asunto que afecta á la humanidad entera, y más que objeto que interesa á los libertarios, interesa á los liberales todos.

Con mucho gusto reproduciríamos en LA REVISTA BLANCA lo que á la revisión del proceso de Montjuich y á la hoja *Justicia* ha dedicado la prensa de España; pero nos lo vedan la frases de alabanza y de elogio dirigidas á amigo tan querido para nosotros como lo es Urales, pues podría suponerse que, más que á la inocencia y á la justicia, atendíamos á la popularidad de las personas que nos son gratas.

Consignaremos, sí, que se ha logrado lo apetecido: que ningún español creyera en la culpabilidad de los que fueron condenados en Montjuich, y también que el gobierno de España podrá no llevar á feliz término una rehabilitación que queda hecha en la conciencia del mundo entero, merced á los esfuerzos de un puñado de hombres generosos; pero nadie podrá quitar á unos, el estigma del verdugo y á otros la aureola del mártir.

En cuanto á *La Policía Española*, hemos de decirle, que la falta de valor de la hoja en cuestión se demostraba, más que reproduciendo lo único que contra ella se había publicado, averiguando si son ciertos los hechos que *Justicia* denuncia, fáciles todos de comprobar, y que demuestran de una manera absoluta la inocencia de los condenados como autores del crimen de la calle de Cambios Nuevos de Barcelona, que es de lo que se trataba.

La redacción de esta Revista cree oportuno repetir que no tiene un criterio cerrado sobre ninguno de los problemas que preocupan á las inteligencias modernas, y que si LA REVISTA BLANCA resulta tan radical, débese á la actividad y á la constancia de los radicales, pues llegando á esta redacción sólo escritos avanzados, únicamente avanzados los ha de publicar. Mándesenos trabajos creyentes, é igual que los ateos se publicarán, como se publican los autoritarios y los antiautoritarios, siempre que con ellos no se den bombos personales ni se demuestre ridícula pretensión. La tolerancia de los redactores de una publicación no debe estar reñida con la seriedad de la misma, porque en este caso perderíamos todos. El público que tan bien acoge ahora LA REVISTA BLANCA, la miraría indiferente si, por una parte, exigiéramos á los escritos determinado criterio, y por otra, admitiéramos los que se nos podrían mandar con el único objeto de cansar la imaginación del lector con artículos insustanciales.

Si hemos de velar, y velamos, por la libertad del pensamiento, hemos de velar, y velamos, porque esta libertad no redunde en mal de LA REVISTA BLANCA.

* *

Participamos á nuestros amigos y á los corresponsales de LA REVISTA BLANCA, que se ha agotado la edición del primer número, y que nos preparamos para hacer una segunda, al objeto de servir los pedidos de colecciones enteras que se nos hace. Así, pues, y mientras recogemos el dinero que nos falta para publicar la edición precitada, serviremos la colección entera, excepto dicho primer número.

Tenemos la satisfacción de participar á nuestros lectores que próximamente publicaremos las biografías de Luisa Michel, Kropotkine, Proudhon y Carlos Marx. Las dos primeras escritas por nuestro querido amigo Fernando Tarrida, la tercera por el no menos querido Charles Money, y la última por Federico Urales.



A LOS LECTORES Y CORRESPONSALES DE "LA REVISTA BLANCA",

Está ya publicado en folleto la notable conferencia que nuestra compañera de redacción, Soledad Gustavo, dió el día 2 del pasado mes en el Centro de Fusión Republicana de la calle de la Encomienda, con el título *La sociedad futura*.

Se trata de una persona de la casa, y esta circunstancia nos veda elogiar la notabilísima labor de nuestra amiga, de la cual han hablado con no escasas alabanzas, buena parte de la prensa española. Nuestros lectores podrán formar juicio propio sobre este trabajo que explica de una manera clara y brillante la sociedad á que aspiran todas las inteligencias que no están conformes con ésta, generadora de amarguras y encubridora de injusticias.

El folleto va precedido de un bonito prólogo de Federico Urales.

Se vende en esta redacción al precio de 20 céntimos ejemplar, paquete de veinte ejemplares 2,50 pesetas. Para el exterior igual precio más el importe del franqueo.

Mucho agradeceríamos que al hacer los pedidos, que serviremos inmediatamente, anticiparán su importe los que pudieran.

Al objeto de vivir más en relación directa con la masa y de explicarles de una manera clara y sencilla las teorías que han de elevarla sobre sus actuales condiciones morales, intelectuales y físicas, una fracción de los elementos que componen la redacción y la colaboración de LA REVISTA BLANCA, la fracción literaria se propone publicar un suplemento semanal de esta Revista, que, por sus condiciones económicas y por su sencillez de estilo, esté al alcance de todas las inteligencias y de todas las fortunas.

LA REVISTA BLANCA, como habrán podido apreciar nuestros lectores, es una publicación abierta á todo el mundo, de espíritu amplio, independiente, á semejanza de *La Revue Blanche*, y *L'Humanité Nouvelles*, que dirigen nuestros amigos Natanson y H. Hamon, de París, aunque en esfera más reducida. En LA REVISTA BLANCA cabe todo el mundo.

El suplemento se dedicará, de un modo exclusivo, á la exposición del ideal libertario, encargándose de tal labor nuestros queridísimos amigos Fermín Salvóchea, Anselmo Lorenzo, Fernando Tarrida, Pedro Corominas, Ricardo Mella, Soledad Gustavo, Federico Urales y otros no menos amigos nuestros que no mentamos por no tener la seguridad de que nos prestarán su apoyo, pero que lo esperamos confiados en que cuidarán más de las grandezas del ideal que de los defectos personales, y que siempre serán bien recibidos donde á nadie se guarda rencor y donde todas las faltas se cometen por amor al ideal y donde por amor á él todas se dispensan.

El Suplemento á LA REVISTA BLANCA publicará en folletín un drama inédito de Federico Urales, de cuya obra ha dicho un gran actor que en España no había público para apreciarla, y una actriz notable que no se creía con autoridad suficiente para dar en la escena española una nota artística tan atrevida.

El Suplemento á LA REVISTA BLANCA se publicará los viernes de cada semana. El precio: cinco céntimos ejemplar, una peseta paquete de 30 ejemplares é igual cantidad la suscripción por un trimestre.

Como los medios son pocos, deseamos que los corresponsales y los amigos hagan los pedidos cuanto antes al objeto de poder regularizar la tirada. Para el pago repetimos aquí lo que decíamos al final del suelto que anuncia la publicación de *La Sociedad Futura*. Si tuviéramos tanto dinero como voluntad, no habría por qué insistir sobre estas miserias.